
Paul Mattick

El capitalismo de Estado y la economía mixta

(capítulo quinto del libro «Economía, política y la era de la inflación», 1976)

El Capital de Marx lleva el subtítulo de *Crítica de la Economía Política* para mostrar que fue concebido como una crítica de la sociedad capitalista y de las teorías económicas que surgieron de ella. La crítica es realizada desde el punto de vista de la clase obrera, esto es, a partir de su lugar en el proceso de producción, en el que descansan el modo capitalista de producción y sus leyes de movimiento. Cuando los obreros conquistaron la jornada de diez horas, Marx aclamó esto como una victoria de la "economía política de los obreros", implicando que la oposición entre el capital y el trabajo no sólo determinaba los procesos económicos reales, sino también la economía política. En tanto la lucha de clases se libra en el terreno de la economía política, permanece dentro de las relaciones de producción capitalistas. En lo que respecta a estas relaciones, la relación capital-trabajo, y por lo tanto la economía política, deben ser abolidos.

Hasta ahora, la lucha de clases se ha librado en los términos de la economía política. Pasar más allá de esta limitación requiere una transformación revolucionaria y una sociedad sin clases. Mientras esta limitación exista, una *crítica práctica* de la economía política no puede ser más que parcialmente exitosa, dado que la reproducción del capital envuelve la reproducción de las relaciones de producción y de clase inherentes a ella. Para su existencia continuada, el capital presupone la acumulación, la cual la lucha de clases puede influenciar, pero no abolir. La *no acumulación* de capital señala un estado de *crisis*, que llevará a una situación revolucionaria o dispondrá el escenario para una nueva fase de acumulación mediante la alteración de la relación capital-trabajo, es decir, la relación entre el valor y el plusvalor. El impulso a acumular no evita periodos de estancamiento; éstos deben ser, sin embargo, superados si el capital no quiere perecer en las luchas sociales. Hasta que eso ocurra, la lucha de clases de la economía política no sólo es el terreno en el que una clase conquista la victoria o encuentra la derrota a manos de la otra, es también una fuerza impulsora del desarrollo capitalista. La reducción del tiempo de trabajo también implicó la transición de la producción de *plusvalía absoluta* a la de *plusvalía relativa*. El referido incremento de la productividad del trabajo incrementó la plusvalía a pesar de reducir el tiempo de trabajo, con el resultado de que el proletariado fue gradualmente capaz de mejorar sus niveles de vida mientras el capitalismo continuaba acumulando. Dado que, sin embargo, hay también límites a la producción de plusvalía relativa, la acumulación sigue estando sujeta al ciclo capitalista de crisis.

En periodos de rápida expansión del capital, la contienda social se restringe a la lucha por salarios más elevados, mejores condiciones de trabajo y una política social agradable a los obreros. En una democracia burguesa la lucha económica también asume un vestido político, para obligar al Estado a cumplir con los intereses limitados de los obreros. El trabajo de los sindicatos en la esfera económica se complementa en la esfera política con la actividad de las organizaciones políticas obreras que buscan influir en el Estado. Aunque la reproducción de las relaciones de producción capitalistas pueda evitar cualquier cambio fundamental en la sociedad, el Estado tiene todavía, no obstante, los medios para intervenir en los asuntos económicos, *o así parece*. Por consiguiente, la conquista del poder estatal fue loada como un medio apropiado para transformar la sociedad.

Para Marx, el Estado era un instrumento de la dominación de clase, que incluía funciones estatales que, aunque no atañan directamente al afianzamiento de la estructura social existente, estaban no obstante dictadas por el carácter asocial del modo capitalista de producción. *Era parte de las funciones y tareas del Estado el mantener las condiciones generales de la producción, que no se siguen necesariamente de la competición entre entidades capitalistas privadas, y salvaguardar los intereses del capital nacional en la*

competición internacional. La diversidad de las funciones estatales da la apariencia de que la condición del Estado es de independencia relativa del capital. Las entidades capitalistas individuales están aún sujetas a la jurisdicción del Estado, cuya tarea como instrumento del capital en general es asegurar las condiciones de acumulación de las entidades capitalistas organizadas nacionalmente y, por lo tanto, mantener la relación de explotación entre el capital y el trabajo. Dado que, sin embargo, no hay tal cosa como el capital '*en general*' -siendo éste no más que la totalidad de los capitales individuales-, la sociedad capitalista necesita al Estado para proteger los intereses de la clase dominante. La relación entre el Estado y el capital se basa en las relaciones de producción capitalistas, es decir, en la explotación. El Estado sobrevive por la plusvalía, directa o indirectamente apropiada. Los intereses del Estado, aun en su condición de independencia relativa, son idénticos a los intereses del capital. El Estado asume la explotación y, por lo tanto, las relaciones de clase. *En el sentido marxiano, por consiguiente, el socialismo no implica un Estado socialista sino, de hecho, la abolición del Estado como institución social.*

Ya que el Estado tiene una participación en la plusvalía social total, la plusvalía se distribuye no sólo por la vía de la competición capitalista, sino también por medios políticos. Poner frenos a la apropiación estatal de plusvalía ha sido siempre uno de los objetivos de la política burguesa. Los gobiernos baratos significan mejores oportunidades para la acumulación. Con todo, en tanto el capital acumulaba la participación del Estado en la plusvalía social también se incrementaba: los medios de control sobre el enemigo doméstico potencial tenían que expandirse, en tanto la competición imperialista absorbía sumas siempre crecientes de plusvalía. Pero, dado que la acumulación de capital también significa concentración y centralización, y el capitalismo competitivo se transforma así en capitalismo monopolista, como resultado se vuelve cada vez más difícil establecer una tasa de beneficio media y, por lo tanto, efectuar la asignación del volumen de la producción por medio del mercado solo, aunque sea esta asignación del mercado la que sirve como salvaguarda que asegura la armonía de las entidades capitalistas individuales con el capital total. *Más y más la tarea de asignar la plusvalía se convirtió en el objeto de las intervenciones del Estado en la economía.*

Fue esta situación la que, al final del siglo [XIX], produjo una verdadera epidemia de nociones sobre una *economía monopolista de Estado* para la que se proclamaban posibilidades ilimitadas o que, por otro lado, se declaró que contenía las semillas de su propia destrucción. Para Rudolf Hilferding, por ejemplo, el proceso de la concentración capitalista estaba tendiendo hacia un "*cartel general*", en el que el capital industrial y el capital bancario se fusionarían, poniendo los fundamentos para una planificación económica central. La abolición de la competición por el capital financiero provocaría un equilibrio económico permanente, y las crisis capitalistas no existirían más. El control estatal, es decir, echar la economía sobre los hombros del Estado, completaría entonces la transformación del capitalismo en socialismo. Dado que, sin embargo, el Estado burgués es el instrumento del capital, y la abolición de la competición a nivel nacional va acompañada internacionalmente de la intensificación de la competición, de la teoría de Hilferding -que, por otra parte, fue generalmente aceptada- Lenin delineó conclusiones diferentes. Para él, el capitalismo moderno puso al desnudo el matrimonio del Estado con el capital financiero, y ésa era la situación que tenía que ser superada para acelerar el advenimiento de la revolución social que estaba fermentando en el proceso de desintegración que el imperialismo había engendrado; un *nuevo Estado*, con sus raíces firmemente arraigadas en la dictadura del proletariado, procedería entonces a hacer realidad una economía socialista.

Aunque los puntos en que ponían el énfasis diferían, tanto para Lenin como para Hilferding el Estado era el vehículo con el que se efectuaría la transición del capitalismo al socialismo. Los términos de "*capitalismo de Estado*" o de "*socialismo de Estado*" se refieren todos a una situación existente dentro de la sociedad capitalista y que precede a la revolución socialista. Los elementos de capitalismo de Estado -así seguía el argumento- se desarrollaban en contradicción con la sociedad burguesa y habrían de verse, por lo tanto, como síntomas de desintegración. Señalaban la abolición del capital privado dentro de la

economía capitalista privada, y reflejaban tanto el movimiento dinámico de las fuerzas productivas en comparación con las estáticas relaciones de propiedad, como la creciente necesidad de una socialización deliberada, consciente, de la producción. Pero, para lograr esto, para transformar de un tirón el capitalismo con los elementos capitalistas de Estado en una sociedad socialista, la propiedad privada de los medios de producción, y por lo tanto el trabajo asalariado, tendrían que ser abolidos.

Uno debe tener presente la distinción original entre *capitalismo de Estado* y *socialismo*, es decir, entre la tendencia, que se despliega dentro de la sociedad capitalista, hacia unas crecientes producción estatal de plusvalía e intervenciones del Estado en el mercado por un lado, y la revolución socialista por el otro, que aboliría la relación capital-trabajo y efectuaría la transición de la economía de mercado a una economía basada en las necesidades sociales. Incluso en la concepción evolutiva del reformismo, se suponía que el *capitalismo de Estado* se transformaba, por medio de su propia *expansión cuantitativa*, en el *cuantitativamente* nuevo *Estado del socialismo*. Para el socialismo revolucionario, el *capitalismo de Estado* era sólo una modificación de las relaciones de producción capitalistas que no alteraba nada de su carácter antisocialista; el capital tenía que ser abolido en todas sus formas.

Inicialmente éstas eran sólo especulaciones sobre el futuro, dado que no existía ningún *capitalismo de Estado* como una forma de sociedad dominante, ni tampoco el *socialismo*. Consiguieron una cierta oportunidad primero con la Revolución rusa, que se encontró confrontada con el problema de la construcción del socialismo. Lenin observó, con bastante razón, que el movimiento socialista no había tratado seriamente la cuestión de la construcción efectiva del socialismo -ni de hecho podía haberlo hecho, dado que era imposible prever bajo que condiciones específicas se llevaría a cabo la revolución social-. Se tenía, por consiguiente, que partir de la situación tal y como estaba dada, lo que en el caso de Rusia, por supuesto, quería decir una situación de capitalismo subdesarrollado. Consecuentemente, no podía haber inicialmente ninguna idea de socialización de los medios de producción o de las condiciones de producción -en todo caso no para el campesinado, que era crucial para la revolución-; por el momento, sólo se podía hacer uso del poder estatal para acelerar la marcha de la industrialización, en tanto ella sola era el medio por el cual se crearían las condiciones materiales para el socialismo. Sin embargo, Lenin no vio la Revolución rusa como un fenómeno aislado; para él no era sino un aspecto de un proceso revolucionario mundial. El desarrollo desigual entre las naciones era un rasgo del capitalismo que, por supuesto, no disminuye de ninguna manera a partir del dominio mundial del capital. Del mismo modo, el desarrollo desigual de los países socialistas no habría impedido, de acuerdo con Lenin, el establecimiento del socialismo a una escala internacional; de hecho, será incluso de importante ayuda, dado que la gran masa de la población mundial sólo podría afianzar sus propios intereses luchando contra el capitalismo imperialista. La solidaridad internacional era la clave para superar el atraso de los países subdesarrollados para, entonces, proceder a la construcción de una economía socialista mundial.

Expectativas de revolución mundial a un lado, las condiciones en Rusia, desfavorables como eran, seguían siendo el punto de partida de los bolcheviques en su formulación de la política económica. Con excepción de la nacionalización de los bancos y del comercio exterior, los bolcheviques no se propusieron inicialmente expropiar el capital; quisieron ponerlo bajo el control estatal. El modelo de Lenin era el control centralizado de la producción y la distribución, tal y como era ejemplificado por la economía de guerra alemana durante la I Guerra Mundial.

Pero ni los capitalistas ni los obreros estaban contentos con esta estrategia de reconstruir una economía pilotada por el Estado. El periodo de "*control obrero*" y sabotaje capitalista encontró un temprano fin y forzó al Estado a expropiar las fábricas.

No vamos a entrar aquí en todos los *zigs-zags* de la política económica bolchevique, pues son conocidos lo suficientemente bien. Debemos aclarar, sin embargo, que esta política fue impuesta a los bolcheviques por la fuerza de las circunstancias y que, sólo después, se produjo una excusa teórica para ello. El "*heroico comunismo de guerra*", mientras duró, fue así proclamado como el verdadero camino al comunismo; pero luego fue degradado al status de una *conveniencia temporal* después de derrumbarse. La fase siguiente, la *Nueva Política Económica*, que restauró parcialmente el mercado, fue considerada, al menos por Lenin, como un paso hacia atrás de una política consistente de socialización, aunque al mismo tiempo se consideró una fase de transición ineludible del capitalismo al comunismo. Pronto, sin embargo, pareció estar obstruyendo esta transición e, incluso, estar poniendo en cuestión el poder estatal bolchevique como un prerrequisito necesario para ella. La solución al problema yacía, se esperaba, en el saqueo de la *Nueva Política Económica* y la *colectivización forzada* de la agricultura, que sería puesta entonces bajo el control estatal. Sólo entonces se volvió inequívocamente claro a donde podían llevar la teoría y la práctica del bolchevismo.

La consolidación de las nuevas relaciones socio-económicas, que han tomado su lugar en la historia bajo el nombre de *estalinismo*, se consideró como una etapa en el camino del capitalismo al comunismo y fue llamada *socialismo*. El *socialismo* era una sociedad de transición, se argumentó, y como tal estaría todavía plagada de muchos de los rasgos del capitalismo; sin embargo, ella anticipaba también muchas de las características del comunismo. En la lista de rasgos capitalistas que no habían sido superados estaban la existencia del Estado, la división social del trabajo, la distribución desigual, justificadas sobre la base de la inexistencia de equivalentes (*nonequivalents*) del trabajo realizado. Lo que distinguía al *socialismo* del *capitalismo* era, en primer lugar, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y, segundo, la planificación económica. El *comunismo pleno* suponía la revolución mundial, pero existía una posibilidad real de edificar el *socialismo*, al menos en cada país. Sin que fuese identificado con el capitalismo o el comunismo, el *socialismo* era un nuevo orden social que podría llevar al comunismo, una vez que la socialización de los medios de producción y el control consciente de la producción y la distribución hicieran imposible una vuelta al capitalismo privado. *Mientras en la teoría marxista eran los productores mismos quienes controlaban los medios de producción para ponerlos en uso socialmente, en la teoría bolchevique era el Estado, como guardián de los intereses de los productores, el que mantenía las riendas del poder sobre los medios de producción y así sobre la producción y la distribución.* La teoría del partido político como representante de los intereses de los trabajadores en la revolución social estaba siendo aplicada ahora al socialismo. Los medios de producción mantenían los atributos de la propiedad [privada], pero ahora se habían convertido en propiedad *estatal*, y presumiblemente más tarde se convertirían en propiedad *social*. *Se suponía que el paso de la propiedad privada a la propiedad estatal representaba la transición del capitalismo al socialismo.*

Indudablemente, se había dado a luz a un nuevo tipo de sociedad. Aunque no era comunista de acuerdo con las concepciones socialistas tradicionales, tampoco era capitalista en el sentido tradicional. El socialismo siempre había implicado el fin del capital privado, y el control estatal sobre los medios de producción ponía los cimientos para eso. Las relaciones de producción eran relaciones sociales y, en la relación entre el capital y el trabajo que se desplegó históricamente, había habido obreros frente a capitalistas. En concordancia, la abolición de esta relación parecía también el fin de las relaciones de producción capitalistas. Desde el punto de vista de los capitalistas que habían sido expropiados por el Estado, no había ninguna duda, en cualquier caso, de que el nuevo orden social era idéntico al fin del capitalismo, cualquiera que sea el nombre, socialismo o comunismo, que pudiese dársele.

Desde el punto de vista de los obreros, sin embargo, nada había cambiado esencialmente. Los medios de producción, ahora propiedad estatal, estaban todavía fuera de su alcance. Los productores son todavía trabajadores asalariados y no tienen tampoco influencia

alguna sobre la producción y la distribución. El cómo y el qué de la producción son todavía decisiones más allá de su control, a ser tomadas por instituciones estatales, las autoproclamadas cuidadoras de los intereses de la sociedad. Pero la sociedad sigue estando dividida en un grupo de personas organizado en el Estado, que controla las condiciones de producción y a la masa de la población que debe seguir sus directivas. Así, las relaciones de producción siguen siendo relaciones de clase en las que esas posiciones privilegiadas, sostenidas en virtud de su control sobre el Estado, han asumido las funciones de la burguesía expropiada. Para la burguesía expropiada este nuevo tipo de sociedad, caracterizado por el control estatal sobre los medios de producción, es *socialismo de Estado* o *socialismo puro y simple*; para los obreros, sin embargo, la relación del capital todavía persiste y es adecuadamente descrita mediante el término "*capitalismo de Estado*", aunque ideológicamente intente hacerse pasar por socialismo. *La expropiación del capital privado distingue al capitalismo de Estado de los rasgos capitalistas de Estado ya discernibles dentro del capitalismo. El capitalismo de Estado, disfrazado de socialismo, presupone una transformación revolucionaria del capitalismo privado. Las tendencias capitalistas de Estado que empiezan a emerger dentro del capitalismo tradicional no evolucionan gradualmente al capitalismo de Estado; se requiere una abolición revolucionaria del capital privado.*

La abolición de facto del capital privado da lugar a la asunción errónea de que la *socialización* y la *apropiación estatal* de los medios de producción son una y la misma cosa. Pero, de acuerdo con la teoría socialista, el Estado es un instrumento de la dominación de clase y, por consiguiente, en una sociedad socialista sin clases debe volverse superfluo. Esas autoridades centrales todavía necesarias sólo realizarían funciones *técnicas* y *organizativas*, no *estatales*, y permanecerían *dependientes* de las decisiones de los productores. Esta concepción no encaja en el sistema capitalista de Estado. Bajo el "*socialismo*" es el Estado solo el que toma las decisiones económicas y políticas para defenderse de los peligros internos y externos que permanecen todavía a lo largo del camino hacia el comunismo. El Estado, en el sentido tradicional, sólo desaparecería en un futuro muy lejano, después de que la revolución mundial se hubiese consumado y se estableciese una economía comunista a lo largo del mundo. En la práctica "*socialista*" son el Estado y las instituciones estatales, creadas por él y subordinadas a él, quienes controlan la producción y la distribución. El Estado está formado por el partido político en posesión del poder estatal, o sea, por un *estrato privilegiado de la sociedad* que se cree capaz de representar los intereses de la sociedad en su conjunto y capaz de hacer lo que se necesita para realizar esos intereses. Su existencia y su poder de decisión sobre la sociedad y su desarrollo presuponen el control sobre cómo será asignado el volumen de la producción entre los productores, las instituciones del Estado y los requerimientos de la expansión, es decir, las necesidades de la reproducción social. *El sistema salarial, la fijación de impuestos y la manipulación administrativa de los precios coloca un plusproducto en manos del Estado; o, en otros términos, los productores son privados del control sobre su plustrabajo, que se apropia el Estado.* El plustrabajo, que bajo el capitalismo se presenta como plusvalía, es de este modo apropiado directamente, no mediante el intercambio de mercancías, aunque la naturaleza asalariada del trabajo mantiene la ilusión de que las relaciones de cambio existen todavía. Dado que, sin embargo, la "*economía política de los obreros*" es anulada bajo el "*socialismo autoritario*", es el Estado el que continúa determinando el plustrabajo.

Marx mismo señaló que el plustrabajo es inevitable, una vez que las necesidades de la sociedad se extienden más allá de las necesidades de los productores directos. No es la existencia de un plusproducto, por consiguiente, lo que distingue al capitalismo del socialismo, sino cómo ese producto es apropiado socialmente, y esa es una cuestión que se decide por el control sobre la producción. Bajo el capitalismo, el plustrabajo aparece como plusvalor; su distribución está regulada por la competición y modificada por la monopolización. Dado que la producción capitalista está controlada por la acumulación, y ésta última debe tener lugar bajo condiciones competitivas, el capital es incapaz de ejercer control sobre la plusvalía. La acumulación no depende de los capitalistas, sino de la masa

del plusvalor -que para ellos es una cantidad desconocida- en comparación con el capital social. La tasa de beneficio determina la posibilidad o imposibilidad de la acumulación capitalista. Por consiguiente, no es sólo la explotación o la producción de plusvalor lo que pesa sobre los obreros, sino también la necesidad de expandirse que es inherente al capital; sin embargo, de vez en cuando esta necesidad no puede satisfacerse, y la misma existencia de los obreros, los productores de plusvalía, se pone en peligro. La naturaleza de crisis de la producción capitalista es la prueba patente de que el capitalismo ni siquiera puede satisfacer sus propias necesidades "sociales", por no decir nada de las genuinas necesidades humanas.

Los sistemas de *capitalismo de Estado* tienen, al menos en teoría, los medios para regular conscientemente qué porción de la producción social debe ir a los obreros y el monto de plustrabajo a ser puesto a disposición del Estado. Como en la sociedad capitalista, la magnitud del plustrabajo depende de la porción del rendimiento total entregada a los productores. En contraste con el capitalismo, sin embargo, el uso del plustrabajo ya no está determinado por la competición y la necesidad de acumular, sino que se convierte en la decisión consciente del Estado. La reproducción puede, por consiguiente, tener lugar independientemente de la necesidad inherente del capital de expandirse, ya no depende de una masa específica de plusvalía o de una tasa de beneficio específica, sino que puede cumplirse con cualquier monto dado de plusproducto; o, si el plusproducto ya no es suficiente, la reproducción puede mantenerse en un nivel firme sin que ello cause necesariamente una crisis.

En esta conjetura factible descansa la creencia de que un *Estado socialista*, que representa los intereses generales, puede amoldar la producción y la reproducción de tal manera que el plustrabajo se convierta en una parte del trabajo necesario y ya no sea el producto de la explotación. *El Estado hace sólo lo que los productores mismos harían si actuaran por su cuenta*. Ellos tendrían también que crear las instituciones y recursos que les proporciona el Estado; se sigue 'lógicamente', por consiguiente, que *los intereses del Estado coinciden con los intereses de los productores*.

Es más, en un "*modelo capitalista de Estado*", en que el Estado es el único órgano ejecutivo de las necesidades de la sociedad, sus funciones ya no serían funciones estatales; el sistema dejaría entonces de ser capitalismo estatal. En los actuales países capitalistas de Estado, el Estado, sin embargo, determina las relaciones sociales; se coloca aparte de la sociedad para imponerle su voluntad. Es obvio que la voluntad del Estado debe identificarse con las necesidades de la sociedad, aunque sólo sea porque el Estado es dependiente de ella. Esta dependencia le fuerza a actuar como un Estado a la manera tradicional, es decir, a emplear medios coercitivos para mantener y asegurar sus propias condiciones materiales de existencia.

El Estado consiste en personas que poseen las riendas del poder, y de ahí el control de la producción y la distribución. Una vez que esta situación existe, la reproducción social significa la reproducción del poder estatal también; y el crecimiento de la riqueza social significa, por supuesto, la expansión del poder del Estado. A medida que pasa el tiempo se vuelve inconcebible que la reproducción pudiese tener lugar de otra manera que en las relaciones sociales existentes, pues esto requeriría una reorganización fundamental de la sociedad. *La división de la sociedad en una minoría que determina todo y una mayoría sin influencia significa una relación de clase que los estratos privilegiados defienden tan obstinadamente como lo han hecho en otras sociedades de clases*.

Esta situación no tiene nada que ver con una 'naturaleza' humana inmutable, que puede permitir a una elite tomar el lugar de otra, pero que nunca permitiría la abolición de las relaciones de clase; el hecho llano es que, incluso en las revoluciones supuestamente "*socialistas*" del pasado, la tarea de la reorganización de la sociedad fue dejada al *Estado*, al *partido*, y por lo tanto, a una *elite*. La población que se rebelaba adquirió su experiencia política dentro de las formas organizativas que habían sido modeladas por la naturaleza de

clase y la economía política de la sociedad capitalista y que, por ello, no podían adecuarse a los requisitos de una sociedad sin clases. Se utilizaron medios revolucionarios para fines reformistas, esto es, (*) siguen en manos de los productores; el establecimiento de un nuevo Estado con una posición de poder autónoma debe impedirse. Los experimentos de los comunistas de consejos mostraron, si bien sólo de una forma vaga, la dirección que debe tomar la lucha del proletariado por su emancipación, aunque les faltaba todavía la base concreta sobre la que llevarla a cabo. Pero cualesquiera que sean las dificultades a que se enfrenta el socialismo, los *sistemas capitalistas de Estado* existentes han demostrado que su camino, en todo caso, no es el camino al socialismo.

Pero, ¿es el *capitalismo de Estado* una etapa de desarrollo necesaria después del capitalismo, no puede evitarse? El *capitalismo de Estado* surgió, después de todo, en países capitalistas subdesarrollados -aparte de aquellos países que cayeron bajo la esfera de influencia de los rusos, como botín de guerra y fueron ataviados y vestidos para conformarse al modelo ruso de *capitalismo de Estado*, con grados variables de éxito-. Del mismo modo, a pesar del hecho de que el *capitalismo de Estado* se impuso en estos países desde fuera, ellos demuestran que las *relaciones de producción capitalistas de Estado* pueden implantarse tanto en países desarrollados como en países subdesarrollados. También la creciente tendencia a la intervención del Estado en los países capitalistas parece estar señalando el camino hacia una *transición al capitalismo de Estado*, si no por medio de una revolución, entonces al menos a través de una convergencia perceptible de los dos sistemas.

El desarrollo desigual entre las naciones, enfatizado por Lenin, dentro de la economía mundial dominada por el imperialismo, ha creado los eslabones entre los movimientos revolucionarios nacionales antiimperialistas y los movimientos anticapitalistas en los países imperialistas. También ha servido para subrayar las dificultades, si no la imposibilidad, del desarrollo capitalista independiente en las colonias y otros países subdesarrollados. La ventaja de las naciones industriales parte de la acumulación, y sus posiciones monopolistas dentro de la economía mundial parecen evitar el desarrollo capitalista por la ruta competitiva en los países atrasados y oprimidos. Subordinado a las demandas de beneficio de los poderes capitalistas mayores, el camino a la industrialización y a la acumulación de capital independientes les fue esencialmente obstruido. El desarrollo capitalista, y la industrialización que le hace de sirvienta (*handmaiden industrialization*), sólo podrían lograrse por medio de la ruta política de revoluciones nacionalistas; es decir, no a través del proceso yermo y arduo de la formación de propiedad privada capitalista, sino como el resultado de la confrontación entre el capital monopolista y el monopolio capitalista.

La revolución rusa tuvo lugar en un país capitalista atrasado, con una burguesía débil; de hecho, Lenin consideró que ésta fue la razón por la que fue relativamente fácil de realizar. Dirigiéndose contra el imperialismo capitalista, los movimientos revolucionarios nacionales se entregaron a una ideología anticapitalista y, bajo la influencia del bolchevismo ruso, equipararon sus aspiraciones capitalistas-estatistas con el "*socialismo marxista*". El bolchevismo ruso era el producto del movimiento obrero europeo y, como tal, se vio a sí mismo como un movimiento revolucionario *mundial*, no *nacional*.

Pero la revolución permaneció dentro de los confines nacionales y, restringida como estaba, se convirtió en el modelo que siguieron otros movimientos revolucionarios nacionales. El punto importante aquí es que esta emulación de la experiencia rusa ha sido la característica identificadora de todos los movimientos revolucionarios nacionales viables desde entonces. El control del Estado sobre la producción y la distribución nacionales, la idea que los bolcheviques tomaron de la economía de guerra capitalista, ha sido en todo caso la meta programática de los países orientados al *capitalismo de Estado*.

La intervención estatal, una política a la que el capitalismo fue forzado por la guerra, fue utilizada por los bolcheviques para edificar su propio sistema económico, pero su destino subsiguiente ha tenido repercusiones políticas y económicas en el curso ulterior del

desarrollo capitalista. El *Estado totalitario* que emanó de la dictadura del partido se convirtió en el prototipo de los movimientos fascistas y nacional-socialistas que hicieron su aparición como resultados de la I Guerra Mundial. Un *Estado totalitario* puede defender igualmente bien un sistema económico basado en la empresa privada. El fascismo y el nacional-socialismo adaptaron los métodos bolcheviques y el Partido-Estado bolchevique para defender sus propios intereses así como los de la sociedad capitalista privada. En los países derrotados y económicamente más débiles, parecía como si la crisis de postguerra hubiera puesto en cuestión la misma existencia del capital. Dado que, sin embargo, la revolución rusa no se extendió por Europa, la situación de crisis requirió soluciones nacionales dentro del marco de la economía capitalista mundial. La solución nacional, como la economía de guerra antes que ella, no podía dejarse a las operaciones automáticas del mercado, sino que requería intervenciones mayores en la economía, lo cual, claro, significaba expandir y fortalecer los poderes del Estado. Cuando la crisis de postguerra se transformó en una crisis general del capitalismo, en lugar de en un nuevo boom de escala mundial, los países burgueses liberales o "democráticos" fueron ellos mismos forzados a emplear medidas estatales extremas para hacer frente a los peligros sociales creados por la crisis. Los países fascistas prosiguieron el camino del bolchevismo, y las naciones "democráticas" jugaron el mismo palo para ayudar a fortificar las relaciones de producción capitalistas en el curso de la crisis. No obstante, en los Estados democráticos no había necesidad alguna de poner fin a la "*economía política de los obreros*", visto que ellos podían emplear otros medios para llevar adelante las políticas económicas que considerasen necesarias. Las tendencias fascistas fueron socavadas así en esos países y no podían explotar la crisis para sus propios fines. *El intervencionismo del Estado recorrió de este modo un campo amplio: desde la toma directa de los medios de producción por los bolcheviques, al uso fascista del Estado para sostener las relaciones de producción capitalistas, y finalmente al pilotaje estatal del ciclo comercial por los medios indirectos de las políticas monetarias y fiscales.*

Las medidas anticíclicas "*puramente económicas*" de los países democráticos eran, por supuesto, también parte y parcela de la economía política fascista; pero en las dictaduras de partido de los Estados totalitarios se complementaban con la acción política en la esfera doméstica tanto como en la política exterior. La dictadura como medio para mantener las relaciones de producción capitalistas está obligada a servir a las necesidades expansionistas del capital estatal, con nuevos conflictos imperialistas como resultado inevitable. Fueron las repercusiones del fascismo en la política exterior las que molestaron a los vencedores de la I Guerra Mundial, no sus políticas domésticas, que disfrutaron de su aprobación silenciosa. Aunque los economistas capitalistas veían ahora que el mecanismo del mercado no era capaz de remediar la crisis, no se cuestionaba su posición de pasividad mientras observaban el crecimiento de la agitación social después de la guerra, dado que el experimento bolchevique y el fascismo eran prueba práctica suficiente de que bajo condiciones muy diferentes (y no sólo bajo el *socialismo*, es decir, el *capitalismo de Estado*) los efectos de la crisis, como por ejemplo el desempleo y los medios de producción ociosos, podían combatirse si el Estado estuviese dispuesto a tomar las medidas apropiadas.

De acuerdo con la teoría del mercado, que, aunque falsa, es no obstante necesaria para el capital, la crisis estaba enraizada en una falta de demanda efectiva, que a su vez tenía sus orígenes en el propio crecimiento capitalista. En esta visión, claro, el consumo determina la producción, de lo que se sigue que una creciente saturación de las necesidades del consumidor tiene que resultar en una relentización de la producción y, por lo tanto, en un declinio de las inversiones. La consecuencia es el desempleo y el capital ocioso. En la teoría burguesa, el mercado y los precios funcionan como mecanismos de equilibrio, en los que cada factor de producción tiene garantizada su porción de la producción total, de acuerdo con lo cual el dilema de la crisis no puede resolverse a través de la redistribución, para que no se haga a expensas de las rentas del capital -que estaban ya en descenso- socavando más la propensión a la inversión. No puede esperarse, por consiguiente, que el mercado genere la demanda requerida para el pleno empleo; esa demanda, más bien, debe ser creada desde fuera, a través de la demanda pública inducida por el Estado, y agregada a la

demanda general. La demanda pública inducida por el Estado no podía, sin embargo, ser financiada mediante los impuestos, dado que esto habría reducido aún más la demanda del mercado, ya insuficiente. Así, como en periodo de guerra, el financiamiento del déficit, la expansión del crédito estatal, fue la respuesta. Por medio de los préstamos públicos y su uso para obras públicas, el capital ocioso fue devuelto al proceso de circulación capitalista para empujar a la producción total. El resultado de esto, por supuesto, fue una *creciente deuda estatal* que, sin embargo, no fue considerada un problema ardiente mientras tanto la producción total crecía a un ritmo más rápido que el interés que pesaba sobre ella.

En contradicción con la teoría burguesa del consumo, que proyecta el derrumbe inevitable del sistema de mercado, la intervención económica estatal por medio de la demanda pública inducida se vio como una política anticíclica que mantendría -o restauraría- el equilibrio del mercado. Aun así, es patente que la acumulación de capital impide el equilibrio entre oferta y demanda en los términos de una equivalencia entre producción y consumo. En una economía capitalista los buenos tiempos con pleno empleo sólo son posibles como un resultado de la expansión del capital en la persecución de beneficios. Cuando no hay acumulación, la demanda insuficiente es un estado permanente. No basta, por consiguiente, meramente con expandir la producción y con ajustar la demanda a la oferta. Para que tenga lugar la acumulación, la rentabilidad del capital debe mejorarse. A pesar de su propia teoría estática, en el proceso económico real la economía burguesa está obligada también a proponer la demanda inducida por el Estado para generar una demanda adicional para expandir el mercado.

Se suponía que la política económica estatal impedía las mayores alzas y bajas económicas, es decir, las *crisis* igual que los *booms*, que minan el equilibrio económico. Añadiéndose a las medidas manipuladoras de expandir o contraer la demanda pública, se suponía que la política monetaria, o sea, la expansión o contracción del crédito por medio de incrementar o reducir la oferta de dinero, y por medio de la alteración de las tasas de interés, tendría un efecto regulador sobre la economía. Los instrumentos de la intervención del Estado en una economía de mercado modificada son demasiado bien conocidos para requerir mayor discusión aquí, pero juntos anuncian lo que ha venido a conocerse como "*economía mixta*", vanagloriada como la solución al problema de las crisis capitalistas.

El capital ocioso, puesto a disposición del Estado por medio de los préstamos, representa una plusvalía *ya existente* que no ha sido puesta en uso como capital generador de beneficios ulteriores. Pone gente y plantas a trabajar; el producto resultante no es vendido en el mercado, sino que iguala al valor de los préstamos del Estado. De este modo, el capital-dinero se 'consume' y, por lo tanto, ya no puede considerarse como parte de la masa de plusvalor disponible para el capital para los propósitos de la acumulación. Aquí la sociedad capitalista no produce de acuerdo con sus propias necesidades, sino de acuerdo con su propia teoría falsa, es decir, *produce para el consumo*, aunque sólo consumo público. En ese caso, sin embargo, este tipo de producción ya no es producción *capitalista*, sino el empleo de un modo de producción *anticapitalista* -posible sólo en casos excepcionales, nunca como la norma-.

La expansión del crédito estatal, como cualquier otra forma de expansión crediticia, lleva consigo una tendencia *inflacionaria* que, sin embargo, puede en cierta medida controlarse al precio de limitar la producción inducida por el Estado, de una contracción general del crédito y del efecto de enfriamiento que esto tiene sobre la actividad económica. Una "*economía mixta*", por consiguiente, tiende hacia su propia disolución, y el capital es puesto una vez más a merced de su propio ciclo de crisis. *La teoría que alardeaba de haber dominado el problema mismo de la crisis tiene una nueva crisis en sus manos, en la que los instrumentos de una economía mixta no sólo no tienen ninguna utilidad sino que, de hecho, incluso ayudan a profundizar la crisis.* En lugar de lograr el pleno empleo, aun con su tendencia inflacionaria, mediante políticas monetarias y fiscales y el gasto público, surgen allí nuevos problemas con los que tratar: el desempleo creciente, el declive económico precipitado, y una tasa de inflación ascendente. La inflación puede frenarse,

pero sólo al precio de más desempleo; y si se intenta remediar el desempleo, el precio es más inflación, que mina tanto las economías nacionales como la internacional. Frente a este dilema, los defensores de una economía limitada propusieron la idea de usar medios más directos para controlar el ciclo comercial, es decir, medios tales como los usados en los *países capitalistas de Estado*. No sin cierta justificación, por lo tanto, se ha hecho referencia a esto como el "*socialismo deslizando*" en los círculos capitalistas, lo que iguala el *capitalismo de Estado* al *socialismo*.

A la producción inducida por el Estado también se le ha hecho referencia como *nacionalización*, y de acuerdo con esto, la participación estatal en la economía y la nacionalización de empresas privadas dan la apariencia de ser medidas "*socialistas*", capaces de efectuar una transformación fundamental, aunque lenta, de la sociedad. Puesto que más y más industrias son nacionalizadas, los medios de producción, ahora propiedad estatal, pertenecerían a la nación, y la economía de mercado se acabaría sin revolución. A este pensamiento le da más sustento el hecho de que industrias enteras han sido efectivamente nacionalizadas, aunque, en las economías de mercado capitalistas donde esto ha tenido lugar, ello no ha alterado nada hasta ahora. En los países capitalistas avanzados han sido en su mayor parte industrias no rentables, o fábricas que el Estado ha tomado o subsidiado, o nuevas empresas que sólo podían empezarse con el apoyo del Estado y que, a menudo, dieron lugar a algunas mezclas intrincadas de capital público y capital privado. Aún así, en estos países el capital privado sigue siendo dominante, el elemento alrededor del cual gira la política económica del Estado. *Justamente como la destrucción de capital puede contribuir a una nueva fase ascendente, forzando la reorganización capitalista, el gasto público, que descansa en la producción no rentable, puede verse como una tendencia compensadora a la propia tendencia inherente del capital hacia la desintegración*. La expansión del capital implica la destrucción de capital; con todo, cada nueva fase de acumulación debe sobrepasar la anterior, en caso de que vaya a iniciarse una renovada fase ascendente. Cuánto tiempo puede continuar este tipo de reproducción capitalista no puede ser cerciorable a priori, a partir de consideraciones teóricas solas; la respuesta debe esperar la observación empírica, una vez que las tendencias que operan contra el declive del capitalismo muestren su ineffectividad última.

La acumulación, que es una condición necesaria para una economía capitalista, no puede ser reemplazada por las funciones del Estado en una "*economía mixta*". La sola producción en expansión no genera beneficio; para que la producción rinda beneficio debe tener lugar con, y a pesar de, la producción inducida por el Estado, en caso de que un *estado de pseudoprosperidad* vaya a ser alguna vez superado en favor de un *boom* real. Si esto ya no es posible, más pronto o más tarde el efecto mitigante que la producción inducida por el Estado tiene sobre la crisis ha de atenuarse, y la crisis que encenderse de nuevo. Cualquier expansión ulterior de la demanda estatal no haría, entonces, más que acelerar la desintegración del sector privado de la economía hasta que, finalmente, la posibilidad de cualquier acumulación ulterior cesaría de existir. La intervención económica del Estado es, de este modo, una espada de doble filo, y con ello establece sus propios límites; con todo, si se mantiene dentro de estos límites, el *estado de pseudoprosperidad* que ha sido capaz de lograr tiene que revertir finalmente en una crisis evidente.

Una economía mixta es una señal de decadencia capitalista, no una nueva forma de las relaciones de producción capitalistas, como es el caso del capitalismo de Estado. La posición dominante disfrutada por el capital privado, los métodos indirectos utilizados para manejar la economía, la restricción de la producción inducida por el Estado para el consumo público, y la retención de la competición monopolista, todas estas cosas se añaden al hecho de que, en una *economía mixta*, el Estado es todavía un *Estado de la propiedad privada*, la cual es la tarea del Estado defender. No se puede esperar que tal Estado dé el paso de la *economía mixta* al *capitalismo de Estado* por su cuenta; con todo, sin este paso tiene que continuar obedeciendo las leyes de la producción capitalista, sin oportunidad de controlar realmente la economía como se requiere. Puede dejar que una crisis siga su curso o, si están disponibles repuestos de plusvalor, puede intentar emplear

medidas temporales para mantener la inquietud social bajo mínimos; pero no puede continuar expandiendo permanentemente la producción sin beneficio a través de los créditos estatales inflacionarios sin destruir en el proceso la producción que rinde beneficio.

Por supuesto, es cierto que la integración de Estado y capital no puede revertirse. El capital privado tenía finalmente que reclamar los servicios del Estado para continuar existiendo, mientras que el Estado debe confiar en el capital privado en el ejercicio de sus funciones económicas. Una vez efectuada, la integración impide que el Estado emplee una política económica contraria a los intereses del capital privado, o que expropie al capital privado para así asumir el control único sobre la economía. Las *economías mixtas* son, con o sin gobiernos 'socialistas', ahora como en el pasado la prueba patente de que, en una *economía mixta*, el Estado pertenece todavía al capital privado, que en adelante impide la transición al capitalismo de Estado.

Ya no puede mantenerse que la dirección económica por el Estado contribuirá al desarrollo estable del capital, o que impedirá las crisis; el papel del Estado, por consiguiente, en una economía mixta se reduce paulatinamente otra vez a las tareas que siempre ha realizado, a saber, el uso de la coerción para mantener las relaciones de producción existentes. Con las intervenciones estatales en el mecanismo del mercado vueltas ineficaces, y con el sector estatal inflado (como el Estado mismo) siendo sólo una carga que acelera el declive capitalista, la *economía mixta* revierte al capitalismo *vulgar*. La misma existencia de tal hinchado aparato estatal requiere cierta restricción en la producción inducida por el Estado (aunque sólo sea para asegurar la propia participación del Estado en la plusvalía), y persuadido de este fin, el Estado empieza tomando decisiones cuya significación es incrementar el beneficio y promover la acumulación.

En este punto, la lucha por la política económica se agudiza; el capital demanda el fin de todas las políticas estatales que recortan la plusvalía, mientras las víctimas de estas políticas reclaman la ampliación de los poderes económicos del Estado en dirección al *capitalismo de Estado*. Pero dado que el capitalismo de Estado requiere una revolución, esa forma no está precisamente al orden del día. En los países capitalistas el *marxismo-leninismo revolucionario* es hoy totalmente *reformista* y, es más, se ve a sí mismo como tal; por el momento ha dejado archivada la meta del *capitalismo de Estado*, no sólo para proteger de convulsiones a los sistemas capitalistas de Estado existentes, sino también para satisfacer las siempre mayores necesidades de los burócratas del partido comunista. No sólo está, entonces, limitada la posibilidad del *capitalismo de Estado* por las relaciones de poder existentes entre las clases en el interior y entre las naciones a nivel mundial; *encontramos incluso que los principios del capitalismo de Estado se adulteran dentro del propio capitalismo de Estado y dentro de los movimientos "socialistas" que han ligado a éste su suerte.* El capitalismo de Estado, revestido de la bandera del "socialismo", parece ser fundamentalmente irreconciliable con el mundo capitalista. Pero, por razones en las que no entraremos aquí, el *capitalismo* no fue más capaz de destruir el *capitalismo de Estado* de lo que el *capitalismo de Estado* lo fue de rehacer el mundo a su propia imagen. La coexistencia de los dos sistemas fue un hecho mucho antes de que fuera aceptado y utilizado como ventaja práctica por ambas partes. Justamente como la competición perfecta no ha sido siempre más que una construcción teórica y nunca ha descrito el capitalismo como realmente existía, así también el *capitalismo de Estado puro* es una abstracción que tiene poco que ver con el *capitalismo de Estado histórico*. En cualquier caso, la realidad proporciona sólo una tosca aproximación a los rasgos que la teoría había puesto en relieve, y aun estas toscas aproximaciones variaron en adecuación, dependiendo del escenario más o menos amplio en el que se situaran los sistemas. Debido a que el *capitalismo de Estado* no podía aislarse del mercado mundial y de la política mundial, estaba privado desde el principio de un rasgo intencional que lo distinguiese de los otros sistemas, a saber: la planificación económica que, aunque intentada, permanecía bajo la influencia de procesos que tenían lugar en el mundo capitalista a su alrededor. Así como la producción "*planificada*" de las firmas individuales está en agudo contraste con la anarquía reinante en la economía del sistema capitalista visto como un todo, bajo el *capitalismo de*

Estado la planificación nacional tiene lugar dentro de una economía mundial sin plan, y su efectividad se hace, por ese motivo, tan cuestionable como los esfuerzos "racionales" del empresario individual, que son minados por la incontrolable economía de mercado. De este modo, incluso las naciones *capitalistas de Estado* sufren la oscilación de los ciclos económicos del capitalismo, y por esta razón están también interesadas en mantener una estabilidad relativa en el mercado mundial para no arriesgar en exceso sus propias economías basadas en el plan.

Pero aunque pueda haber, de hecho, un deseo general de estabilidad social, esto no es suficiente para abolir las leyes de movimiento de la sociedad capitalista. La voluntariedad para coexistir pacíficamente no altera en nada las necesidades de expansión del capital y, por tanto, tampoco las rivalidades imperialistas entre los diferentes sistemas capitalistas. *La expansión del capitalismo de Estado disminuye la expansión del capital privado, justo como la acumulación de capital privado tiene una influencia inevitable sobre la planificación en el sistema capitalista de Estado y, de hecho, incluso le obliga a que ceda a la necesidad general de acumular.* La situación de crisis sólo saca más agudamente a la luz estas contradicciones. La coexistencia, por consiguiente, no significa la integración de los diferentes sistemas sociales en una sola economía mundial, en la que todas las naciones participan igual y equitativamente, sino un estado en el que las contradicciones existentes no han alcanzado un extremo crítico tal que tengan que hacer erupción en un alzamiento violento. Ni las tendencias aparentemente "socialistas" de las intervenciones económicas del Estado en los países capitalistas, ni los métodos y prácticas capitalistas de los *países capitalistas de Estado*, son capaces de reconciliar los dos sistemas y llevar a cabo una cooperación entre ambos en su común interés. Ha sido la posibilidad temporal de la coexistencia pacífica, o la imposibilidad temporal de confrontaciones beligerantes, la que ha sido responsable de la *ilusión* de que los intereses económicos de los dos sistemas podrían cumplirse a través de la explotación conjunta del proletariado mundial.

Pero no es tanto el problema la explotación conjunta como la división del botín siempre en disminución entre los capitales de todas las categorías. En esta lucha se transgreden las fronteras nacionales, y se trascienden las formaciones sociales mismas. *El plusproducto del sistema capitalista de Estado busca su ampliación en la plusvalía del sistema capitalista, mientras que los países que producen plusvalía participan en el plusproducto del capitalismo de Estado; la distinción, por consiguiente, entre plusproducto y plusvalía pierde todo sentido y ya no es sostenible, al menos en lo que concierne a la economía mundial como un todo.* Mientras, por un lado, los sistemas capitalistas de Estado, que han sufrido su propio proceso separado de integración, están de nuevo empezando a mostrar resquebrajamientos (*cracks*), el frente común del capital contra el *capitalismo de Estado* está también deshaciendo sus costuras. El *bloque socialista*, proyectado como un segundo mercado mundial, está siendo absorbido por el mercado mundial capitalista, y la unidad política de los sistemas capitalistas de Estado está siendo minada en el proceso.

El *capitalismo de Estado* es tan poco capaz como el capitalismo de eliminar las rivalidades nacionales y, por lo tanto, las imperialistas. Dado que no existe ningún *Estado mundial*, el Estado está atado a la nación y la clase dominante está ligada al Estado. Esta situación de ningún modo altera el carácter imperialista o multinacional de muchas corporaciones capitalistas, ya que estas formas de internacionalismo capitalista son sólo medios a través de los cuales ciertas entidades capitalistas nacionalmente organizadas ejercen su poder y amplían sus beneficios. En las naciones *capitalistas de Estado*, el Estado nacional es la base sobre la que domina la nueva clase; y el capitalismo de Estado sigue siendo un límite económico a los intereses nacionales. *Si los países capitalistas de Estado fuesen realmente socialistas, cerrarían filas y abolirían el Estado-nación tanto política como económicamente. Pero tal como están las cosas ahora, las relaciones entre los países capitalistas de Estado son esencialmente las mismas que las existentes en el mundo capitalista.* Los intereses comunes deben ceder el puesto a los intereses nacionales. Las diferencias en el poder político y económico engendran relaciones de explotación y dependencia, que continúan reproduciéndose sin fin. Justo como en el campo capitalista el poder más fuerte subordina

al más débil, y aunque se vayan a encontrar instituciones supranacionales tanto en los países capitalistas como en los capitalistas de Estado, los cambios que éstas han podido efectuar a este respecto han sido despreciables. En la rivalidad entre el poder capitalista y el capitalista de Estado, las esferas de influencia recién adquiridas no sólo tienen que ser defendidas sino también expandidas. El *capitalismo de Estado* se embarca en un curso imperialista de ninguna manera inferior al imperialismo capitalista, excepto que se sirve de *ideologías socialistas*. Incluso esto no es nada nuevo, suministrándonos ambas guerras mundiales ejemplos anteriores.

A pesar de sus formas políticas y económicas diferentes, el capitalismo y el capitalismo de Estado están unidos contra los intereses del proletariado mundial. *La relación capital-trabajo todavía es el sello de todas las relaciones de producción existentes*. La equivalencia de la propiedad del Estado con el socialismo implica no más que la dominación de una nueva clase que, en interés de su autoconservación, tiene que cerrar su mente al socialismo. Las esperanzas vinculadas al *Estado de bienestar* de la economía mixta, así como aquéllas engendradas por la ideología 'socialista' del capitalismo de Estado, han sido desenmascaradas como ilusiones por el desarrollo real del capital. Aunque las ilusiones pueden disiparse, las condiciones que las engendraron persisten. *Tanto en los países capitalistas como en los capitalistas de Estado, el aparato del Estado puede ejercer su poder sin el consentimiento de los que trabajan. Pero no puede detener el declive del capital o eliminar las crisis, ni puede abolir la lucha de clases.*

La abolición de la "economía política de los obreros" en los países capitalistas de Estado ha dispuesto la escena para una lucha de clases que debe inevitablemente volverse directamente contra el Estado, y que, por consiguiente, no puede ya lograr sus objetivos socialistas de más largo alcance dentro de los confines del capitalismo de Estado. Aunque una *economía mixta* no puede transformarse ella misma en *capitalismo de Estado*, es aún capaz de usar el Estado para intervenir en las luchas económicas, para salvaguardar la existencia continuada del capital. De hecho, por este motivo existe allí todavía el peligro de que los obreros limiten una vez más sus reivindicaciones a un "Estado obrero", a pesar de las experiencias de los países capitalistas de Estado, para ganar la partida a sus adversarios capitalistas. Aunque por el momento este peligro no es agudo, sigue estando implícito en las ideologías revolucionarias que la socialdemocracia y el bolchevismo han generado durante el pasado siglo. *Si estas ideologías continúan prevaleciendo en las luchas sociales que podemos esperar en el futuro, es justo decir que la revolución inminente contiene ya las semillas de la contrarrevolución dentro de sí.* Para abolir el capitalismo, por tanto, la primera tarea es hacer del bolchevismo una cosa del pasado de una vez por todas.
